

Eva y Trasgu

En Platja d’Aro, un encantador pueblo junto al mar, vivía una niña de nueve años llamada Eva. Era curiosa y valiente, con una sonrisa capaz de iluminar cualquier día nublado. Su compañero más especial era Trasgu, su gato. A sus catorce años, era un gato anciano y sabio, de bigotes blancos y larga cola que se movía con elegancia.

Una mañana de primavera decidieron ir a la playa a buscar tesoros. Con un pequeño cubo y una pala empezaron a excavar en la arena húmeda. De pronto Eva encontró una concha extraña, más grande que las demás y resplandeciente de magia. Trasgu se acercó con sus ojos verdes llenos de curiosidad y empezó a maullar, como si quisiera decirle algo.

—¿Qué es esto, Trasgu? —preguntó Eva, sosteniendo la concha con cuidado.

Un rayo de luz salió de ella y los envolvió. Cuando se apagó, estaban en otro lugar. Seguía siendo una playa, pero no la de Platja d’Aro. Había palmeras gigantes y un mar de un azul tan intenso que parecía un sueño.

—¿Dónde estamos, Trasgu? —preguntó Eva, viendo que su gato estaba tan confundido como ella.

Apareció una pequeña criatura alada. Era un hada del tamaño de una libélula, rodeada de una luz que volvía mágico cuanto la rodeaba.

—¡Bienvenidos al Reino de las Maravillas Marinas! —dijo con voz suave y melodiosa—. Soy Naia, el hada guardiana de esta playa. Habéis encontrado la Concha de los Deseos y ahora podréis vivir una gran aventura.

Eva y Trasgu se miraron, emocionados y un poco asustados. Pero pudo más la curiosidad de Eva y sonrió a Naia.

—¿Qué clase de aventura?

—Tenéis que encontrar el Cristal del Agua, una joya muy poderosa que lleva siglos perdida. Sin él, nuestro reino está perdiendo su magia.

Decididos a ayudar, siguieron a Naia por la playa mágica. Atravesaron cuevas de coral, nadaron con peces de vivos colores y conocieron criaturas increíbles. Cada paso traía una maravilla nueva, y Trasgu no dejaba de explorar con sus bigotes siempre en movimiento.

Naia los llevó a una cueva de coral escondida detrás de una cascada de agua transparente. Del techo colgaban pequeños cristales que desprendían una luz tenue. Al fondo, una gran puerta de coral se abrió con un leve toque de su varita.

—Esta es la Cueva del Coral, un lugar sagrado que guarda la primera pista para encontrar el Cristal del Agua.

Dentro había un antiguo mapa grabado en una piedra. Mostraba el camino hacia tres templos submarinos, cada uno con una pista esencial: el primero estaba en el Bosque de las Algas Gigantes; el segundo, en las Rocas de los Cantos Marinos, y el tercero, en la Fosa de los Secretos Submarinos.

Siguiendo el mapa llegaron al Bosque de las Algas Gigantes. Era denso y misterioso, con algas que subían hasta la superficie. Se movían como si tuvieran vida propia, creando caminos que cambiaban constantemente.

Allí conocieron a una tortuga marina llamada Tuga, que se ofreció a guiarlos.

—Conozco este bosque como la palma de mi aleta. ¡Seguidme! —dijo con voz profunda y amable.

Tras recorrer con ella el laberinto, llegaron a un pequeño templo construido con piedras marinas. Dentro encontraron una inscripción: «Solo con valor y amistad podréis superar los obstáculos».

La siguiente pista los llevó a las Rocas de los Cantos Marinos. Aquellas rocas sobresalían del agua y eran famosas por su belleza y por el canto misterioso que se oía de noche. Un coro de sirenas, guardianas del lugar, salió a recibirlos.

—Debéis resolver el acertijo de la canción para continuar —explicó su líder con voz melodiosa.

Eva y Trasgu escucharon atentamente. Descubrieron que el acertijo hablaba del valor de la verdad y la lealtad. Cuando lo resolvieron, las sirenas les entregaron una perla mágica que los guiaría hasta el último templo.

Finalmente llegaron a la Fosa de los Secretos Submarinos, una profunda grieta del fondo del mar llena de misterios. Naia les advirtió que allí tendrían que ser especialmente valientes, porque la oscuridad y el silencio podían asustar.

Con la perla alumbrando el camino descendieron hasta encontrarse con Gorgo, un calamar gigante que vigilaba la entrada del templo.

—Solo quienes tienen el corazón puro pueden pasar —dijo con una voz grave y resonante.

Sin dudarlo, Eva le explicó su misión y su deseo de salvar el reino. Impresionado por su determinación y su valor, Gorgo les permitió entrar.

Dentro encontraron el Cristal del Agua, brillante como mil estrellas. Con la ayuda de Naia, Eva lo recogió y lo llevó de vuelta a la superficie.

Al regresar a la playa, el hada les dio las gracias de todo corazón.

—Habéis salvado nuestro reino. Aquí siempre seréis bienvenidos.

Otro rayo de luz los devolvió a su querida playa de Platja d’Aro, con la concha mágica en las manos de Eva. Sabían que siempre tendrían un lugar especial donde vivir aventuras increíbles.

Y así continuaron su vida junto al mar, seguros de que la magia estaba al alcance de la mano si creían en ella. Sus aventuras acababan de empezar y, mientras estuvieran juntos, podrían afrontar cualquier reto.